

ques, me detuve en frente del anchopatio de un cuartel, donde unos sesenta soldados, reunidos en círculo, cantaban bajo la dirección de un oficial un coro del *Profeta*. Algunas semanas antes, me había avergonzado de oír la cencerrada de una tropa francesa que encontré en el camino de Versalles. ¡Qué dicharachos tan estúpidos! ¡Qué gritos tan salvajes! Si se enseñara así algo de música vocal á nuestros soldados ¿se debilitaría acaso su valor?

En la iglesia de Nuestra Señora, el sacerdote está

predicando: habla calosamente y el auditorio parece satisfecho. El asunto, según he podido comprender, es la caridad. Al paso recojo una frase que me hace reflexionar:

«Amaos sinceramente: temed la suerte de esas grandes naciones divididas en dos clases: la una que envidia y amenaza sordamente; la otra que teme y por asegurar á sus bienes materiales la protección de la fuerza, malbaratan hasta su propia libertad.

E. CHARTON.



Carro de campesinos.

## SIENA.

(ITALIA.)

POR EL DOCTOR CONSTANTINI.

1855.

### I.

En wagon.—Por qué no van los ingleses á Siena y por qué deberían ir.—Salubridad del clima.—El baron Ricasoli y su vino de Broglio.—La divisa de Siena.—Siena ha sido una nación.—Originalidad de la ciudad y de sus habitantes.—Los *costarelle*.—Bueyes del país.—Terremotos.

El ferrocarril que sale de Empoli en la línea de Florencia á Liorna y conduce á Siena, atraviesa uno de los países más accidentados de Italia. La locomotora sube sin gran celeridad de colina en colina flanqueando la montaña y salva el valle por un gran viaducto, penetrando con estrepitoso ruido en las tinieblas de una galería subterránea, para reaparecer algunos minutos más tarde á la luz que desvuelve á los deslumbrados ojos del viajero un nuevo y risueño hori-

zonte. Desde la ventanas de los wagones se ven sucesivamente los viejos y ruinosos castillos y los alegres caseríos, escenas variadas del pasado y presente, de la leyenda y de la vida de cada día.

Por poco que estos contrastes predispongan á la reflexión, puede uno dedicarse á ellos sin temor de distraerse. Los wagones están casi siempre desiertos; algunos campesinos y traficantes en trigo ó en vino yendo de uno á otro mercado, porqueros que acompañan ordinariamente sus reses encerradas en wagones á propósito: he aquí todo lo que comunmente llevan los trenes. A menos que no quepa la buena suerte de caer en compañía de alguna amable señora del país, puede uno abandonarse á todas las fantasías de la imaginación ó á las más serias reflexiones.

A veces también en el fondo de uno de estos wago-

nes desiertos, me he preguntando por qué esta bella ciudad de Siena tan admirablemente situada en el centro de Toscana y en el camino de Roma, tan célebre por su amabilidad hospitalaria y por sus monumentos, tan digna en fin de interesar á los viajeros por el carácter inteligente y apasionado de su pueblo, permanece tan aislado en medio de esa corriente de hombres que se cruzan en todos sentidos por nuestro viejo continente.

En otro tiempo los ingleses hacían voluntariamente en ella su residencia de verano, y se concibe sin dificultad, pues es seguro encontrarlos siempre allí donde la vida es mejor. Actualmente es muy raro que una familia inglesa pase algunos días en Siena. Aun no he llegado á comprender la causa de este cambio.

Me han contado no sé qué historia de un médico inglés que habiendo tenido queja de un colega de la ciudad iba á escribir un libro donde este delicioso país se hallaba transformado en una verdadera Maremma por lo cual la respetable colonia británica, creyendo desde luego que se moriría de la *malaria*, se apresuraria á abandonar este funesto paraje para ir á sentar reales bajo un clima más benigno.

Pero si esta anécdota es verdadera, que se tranquilicen estos dignos insulares. Siena lejos de ser como se ha pretendido, el principio de las Maremmas ofrece al viajero que quiere detenerse en ella algún tiempo una estancia tan grata como saludable. Nada es más sano que su aire corriente y puro, un poco frío en el invierno; pero deliciosamente fresco en el verano. En cuanto á las fiebres no hay más en Siena que en otra cualquier parte, y el mismo cólera ese terrible viajero que acaba de recorrer la Europa nuevamente no la ha visitado nunca. ¡Plegue á Dios que siempre goce de esa feliz impunidad!

Además de la salubridad de su clima, Siena asegura á quien quiera establecerse en ella, una vida barata, habitaciones, comestibles, todo está allí á ínfimo precio. El mercado de la plaza del campo está lleno de seducciones irresistibles. Sin hablar de los jabalíes, de las perdices, y liebres, este mercado ofrece á la vista del pasajero, grandes pavos, corderos, pollos, cochinitos, carne excelente, pescado fresco, sabrosísima fruta y grandes pilas de ese queso que llaman *crete*.

Todos estos artículos son productos naturales de esta provincia; y respecto de sus vinos, son bastante conocidos. Para terminar dignamente esta enumeración, bastará citar el *Chianti*, el *moscadello di Montalcino* y el vino de *Broglia* al que, según se dice, debe su celebridad el barón Ricasoli, casi en el mismo grado que á sus talentos políticos.

En el tiempo en que el ferro-carril pasaba por una utopía aun entre los hombres serios, se entraba en

Siena por la puerta *Camollia*. Sobre esta puerta, que nada tiene de notable, se lee la siguiente inscripción que saluda al forastero en nombre de la ciudad: «*Siena* (dice gallardamente en su bárbaro latín.) Siena te abre su corazón mejor aun que sus puertas.»

Y en efecto, debo consignarlo aquí, ninguna ciudad ha hecho nunca más honor á su divisa que ésta pues, á no dudar, es la más hospitalaria de Toscana.

Sus habitantes tienen un carácter vivo, espiritual y amable y la belleza de sus mujeres es proverbial en el país.

Siena ha sido, como tantas otras ciudades de Italia, no solo capital de un pequeño Estado, sino de una verdadera *nación*. Y eso mismo ha sido hace pocos años.

La república de Siena fue absorbida hace siglos por la Toscana, y la Toscana ha desaparecido en la Italia. Sus naturales son patriotas ardientes, pero para ellos la patria empieza en su ciudad.

Por mi parte, hallo muy natural que este pueblo tan inteligente y tan apasionado á lo bello, esté orgulloso de sus monumentos y de esa gloriosa plejada de artistas que han levantado tan alto el nombre de la escuela sienesa, y no temo afirmar que el culto apasionado que da á todo lo que atañe á la ciudad, sus tradiciones, sus fiestas, su acento, le da un carácter de poderosa originalidad. Y este carácter tan fuertemente impreso en los hombres y en las costumbres, se revela y habla lo mismo en la arquitectura sienesa. En las iglesias en los palacios, como en las casas más modestas se ve siempre ese tipo de elegante belleza que á la vez que trasporta nuestro ánimo á la edad media nos advierte que estamos en Siena y que no podríamos experimentar en otra parte las mismas impresiones.

Por su sola situación la ciudad es una de las más pintorescas que conozco. En primer lugar y á causa de su elevación alcanza un inmenso horizonte; luego, como está edificada en varias colinas tiene una multitud de calles, que, á veces unas sobre otras, desciende casi á plomo al valle. Estas callejuelas, que no pueden bajarse sino corriendo y que llaman *costarelle*, están empedradas con ladrillos, puestos de canto para asegurar el pie.

Ya bajemos estas *costarelle*, ya nos paseemos en la parte alta de la ciudad, ya finalmente sigamos con la vista la serie de jardines que suben en afiteatro hasta la catedral ó á la iglesia de Santo Domingo, siempre se tiene delante una agradable vista que sorprende á cada paso por el imprevisto cambio de sus perspectivas.

Hay en Siena paseos públicos y magníficas plazas pero las calles no son en general bastante anchas. Cuando después de la vendimia, los campesinos traen

á los propietarios la cosecha del vino, hay que pegarse á la pared para que pasen. Abre la marcha el *fattore*, que bien acomodado en su caballo y cubierto con su sombrero de fieltro de anchas alas, avanza al paso con aire triunfante. Este respetable personaje se hace seguir por una hilera interminable de carros de dos ruedas, en las cuales van alineadas las barricas. El tiro es de bueyes blancos, robustos y armados de formidables cuernos, que abarcan casi todo el espacio de la calle: no hablo de las *costarelle*.

Por último y puesto que es menester decirlo todo para que no se tomen mis elogios por un reclamo, confesaré que Siena lleva su originalidad hasta el punto de tener terremotos exclusivamente suyos, *sieneses*, pero que no se sienten á algunos kilómetros de su recinto. No hay que alarmarse demasiado por esta revelación. Aunque este fenómeno se renueva con bastante frecuencia, hace de ordinario más ruido que daño, y todo se reduce á la caída de algún cañón de chimenea. El terremoto del 26 de mayo de 1798 que ha sido el más terrible de todos y que aun recuerdan los viejos de la ciudad, no quebrantó lo más mínimo la bella torre del *Mangia*, con ser tan endeble y ligera.

## II.

Cuatro palabras sobre la historia política de Siena.—Origen.—Período gibelino.—Provenzano Salvani.—Farinata degli Uberti y los *fuorusciti* florentinos en Siena.—Batalla de Monte Aperti.—Conradino de Souabe.—Batalla de Colle y muerte de Provenzano.—Las discordias civiles y la influencia extranjera.—El emperador Carlos IV.—Francia y España.—Sitio y capitulación de Siena.

En Italia cada ciudad tiene su historia. Y es que en este viejo país de la libertad cada ciudad ha sido un centro político, una capital, casi una nación podría decirse. Solo Roma pudo por muchos siglos reunir en sus fasces y bajo la autoridad de su gran nombre, todas las fuerzas del país, dejando sin embargo mucha libertad á los municipios. Pero cuando el hacha de los bárbaros rompió la corona de los Césares, cada municipio recobró su personalidad, hasta entonces anulada, y desenvolvió lentamente en el silencio y en medio de las luchas de la iglesia y del imperio, ese germen de libertad que debía brotar de repente con la constitución de los ayuntamientos.

Siena tiene, pues, su historia tan buena ó mejor que ninguna ciudad de Italia. No tenemos nosotros la pretensión de referirla aquí, pues sería más larga que entretenida. Sin embargo, diremos cuatro palabras.

El origen de Siena es incierto; pero muy probablemente, fue edificada por los etruscos. Los primeros escritores que hablan de ella son Tácito y Plinio, que la colocan entre las veinte y ocho colonias que existían

en Italia en tiempo de Augusto. En 303, la ciudad fue convertida al cristianismo por Anicio Ansano, joven heroico de la noble familia Anicia de Roma. La recompensa que obtuvo por ello fue el suplicio, siendo degollado por orden del procónsul Lysia.

Bajo los longobardos, un gastaldo administraba justicia en nombre del rey; bajo los carolingios, la ciudad era gobernada por condes. A principios del siglo XII, la autoridad de estos condes se había completamente anulado ante la naciente influencia de los obispos. Casi al mismo tiempo aparece el gobierno consular, pues en 1125 se halla ya el nombre de un cónsul. Pero la forma de gobierno no es constante: ya los cónsules gobiernan solos, ya con el concurso del obispo, ó bien el uno y los otros desaparecen ante la autoridad de un señor ó rector, dirigido por un consejo como en 1151. Después de 1212 no se vuelve á hablar de cónsules.

Luego que la gran lucha del imperio y de la Iglesia hubo dividido la Italia, Siena fue siempre imperial y gibelina. Y sin embargo, de esta misma ciudad partieron las doctrinas en que se apoyaba la autoridad de los papas. Graciano, el compilador del famoso *Decreto*, el fundador del derecho canónico que rigió á la Europa como ley civil y política, era un monge de Chiusi. Gregorio XVII, aquel terrible anciano que fue la encarnación viviente de todas las pretensiones del papado, nació también en el condado de Sena. Y existe aun una familia de esta misma ciudad que se honra de haber dado á la Iglesia un Alejandro III, el jefe de aquella liga lombarda que, después de diez años de una lucha heroica contra el imperio, batió y humilló á Federico Barbaroja.

Y sin embargo, Siena, no contenta con permanecer extraña al gran movimiento güelfo, lo combatió calorosamente. Aun podría sostenerse que Siena no vivió sino mientras fue gibelina. En efecto, una vez establecida la supremacía de los güelfos, toda la influencia de esta ciudad sobre los destinos de la Toscana viene á cesar y la actividad de los sieneses se agota en las luchas intestinas.

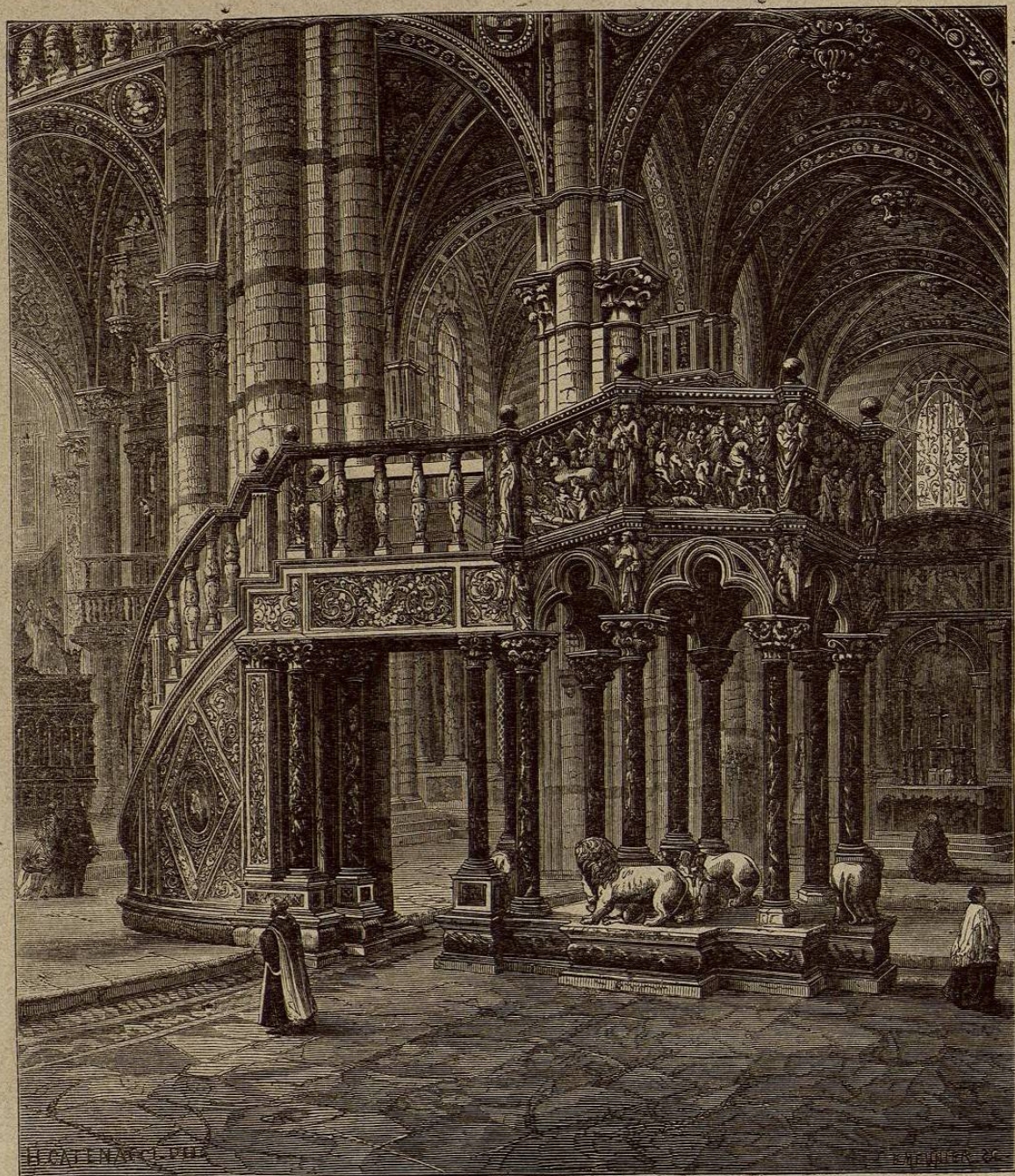
Detengámonos, pues, un momento sobre este período gibelino que es el más espléndido de la historia de Sena.

En la buena como en la mala fortuna, los sieneses guardaron siempre su fe á Federico II, á aquel emperador de Alemania, que nacido y educado en Italia, llevó bajo el bello cielo de Sicilia las pretensiones del imperio, prometiéndose así hacerlo italiano. Federico, que en sus constituciones se daba el nombre de *Italicus*, soñaba con la restauración del imperio romano en la ciudad italiana. Si más bien que en el siglo XIII, hubiera vivido en el XVI, acaso lo hubiera logrado; por desgracia se adelantó á su tiempo y

la idea de la libertad municipal prevalecia entonces sobre la idea de la unidad.

Quando despues de treinta años de lucha aquel

hombre extraordinario murió desalentado en Forentino, sustrayéndose á la obediencia del imperio, primero Florencia y luego toda la Toscana, los sieneses

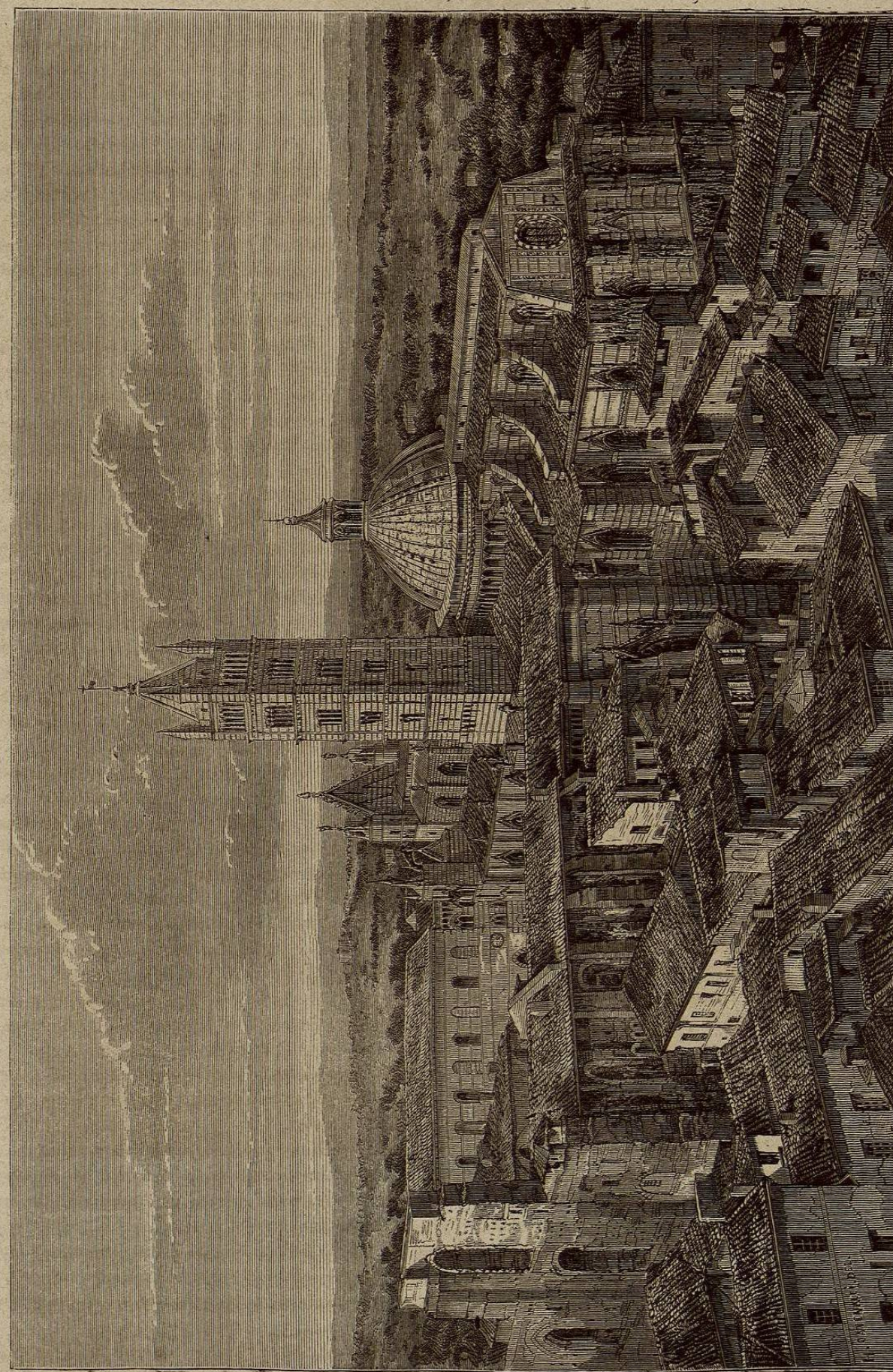


Púlpito de la catedral de Siena.

se hallaron solos con Pisa para sostener el esfuerzo de los güelfos victoriosos. Asi cuando en 1258 los Uberti, jefes de los gibelinos, fueron arrojados de Florencia por el pueblo, se refugiaron con los otros *fuorusciti* en Siena que vino á ser de este modo la ciudadela de su partido. Esto fue bastante para encen-

der de nuevo la guerra entre las dos repúblicas que representaban los dos principios contrarios.

En esta ciudad que se apresta á sostener el choque de todo el partido güelfo, encontramos juntos dos grandes nombres que son aun populares entre nosotros y que ha inmortalizado el Dante en su poe-



Panorama de la catedral de Siena.